

LA IDEOLOGÍA DEL AMO Y DEL ESCLAVO*

(¿POR QUÉ HABLAMOS DE PENETRACIÓN
CULTURAL EN LAS HISTORIETAS?)

Irene Herner

Si bien es cierto que la ideología es la expresión de las relaciones de producción determinadas por la clase dominante, ésta se filtra en la sociedad de una manera indirecta, penetra la conciencia de los hombres y crea patrones de conducta específicos. Al involucrar la afectividad es doloroso admitir su existencia.

Resulta difícil convencernos de que nuestra más recóndita intimidad está conformada por una ideología impuesta, que nos impide actuar a partir de una identidad propia.

Para encontrar la integridad mental y emotiva a la que todo ser humano tiene derecho, hay que expurgar y traducir su estructura ideológica. Es necesario demostrar que los ideales que nuestro sistema social detenta como universales, son realidades imposibles para la mayoría; tal es el caso del espejismo de la movilidad social burguesa, sostenido en el mito individualista, cuya función es la de justificar un sistema económico y político piramidal y autoritario, así como generar un comportamiento arribista que evita la proletarización de la sociedad, única alternativa humana de justicia y libertad.

El orden social establecido se sustenta, en lo material y en lo espiritual, por medio de imposiciones a través de las condiciones específicas de trabajo y de subsistencia. Esto lo hace por medio del aparato represivo del Estado, desplegando su fuerza policial y militar y por medio de los aparatos ideológicos estatales, a través de las

* Esta ponencia es parte del libro *Mitos y monitos*, de próxima publicación y del cual es autora la profesora Irene Herner. Presentó la ponencia en los Cursos de Invierno la profesora Ma. Eugenia Chellet (ayudante de investigación).

instituciones educativas, legales, religiosas, culturales (medios masivos) y familiares. El interior del hombre, sus creencias, sus deseos, sus concepciones de amor y de lucha, van conformándose en una interacción con los principios y las necesidades que genera el Estado burgués.

La ideología, en el caso de nuestra sociedad, es un instrumento de dominación. El medio ideal de justificación de un sistema de opresores y oprimidos. Con ella los oprimidos del mundo, al actuar de acuerdo a valores impuestos integrados como propios, hacen más efectivo el poder económico y político capitalista, tornándose en sus víctimas y en sus cómplices inconscientes.

En la medida en que no se destape la estructura clasista que anida en los valores espirituales típicos de nuestra sociedad, es difícil la superación revolucionaria. Resulta fundamental entender los mecanismos ideológicos que determinan nuestro comportamiento. Analizar la forma en que producimos nuestra subsistencia no basta; es necesario entender cómo se nos prepara la mente desde la infancia para producirla.

En las historietas encontramos en forma repetitiva la ideología del amo y del esclavo. Las relaciones entre los personajes son, generalmente, de dominación, racismo y de todas las formas posibles de opresión: amores imposibles, relaciones frustradas, sirvientes fieles, ricos desgraciados y pobres felices en su lealtad al héroe. Todo lo cual no es más que, una vez más, el reflejo y la justificación de una sociedad de clases.

En relación a la historieta, también es común referirse a la penetración cultural. Efectivamente, la ideología imperialista se presenta de gala en los "monitos". A través de sus "inofensivos" cuadritos iluminados nos nutrimos de las concepciones que nos impone la "raza superior", especialmente la del Tío Sam. Nos convencemos de que la actitud consumista es la "adecuada", pero sobre todo de que los productos y los ideales extranjeros, especialmente los del *great american dream* son los "mejores". Se nos hace conscientes de nuestra "debilidad", de nuestra "cultura inferior" y se nos invita a arribar a las consignas de los "justos", a las de los poderosos caballeros del oeste y a las de los industriales del norte.

Las luchas del pentágono por apropiarse de la riqueza ajena, se nos imponen como válidas. Resulta que los malos somos nosotros mismos, sus colonizados. Nuestra tradición, gracias a ellos, la vivimos como exótica y repetimos sus palabras de amor *gracias amigou* en señal de aceptación.

De la misma manera en que perdimos la mitad de nuestro territorio en manos de los Estados Unidos, hemos perdido mucho más de la mitad de nuestros valores y gustos consumiendo los productos que ellos diseminan por el globo, por ejemplo: los héroes de Walt Disney, los de Batman, Supermán, Archie, el Hombre Araña, Lorenzo y Pepita, Capitán América, etcétera. Estamos perdiendo los valores que conforman nuestra identidad cultural como mexicanos, como latinoamericanos, dejándonos imponer la cultura de ellos que no sólo nos es ajena, sino que perpetúa la rapiña imperialista a todos los niveles, en una labor que denigra la tierra y la mente de los hombres.

La opresión es también un fenómeno cultural

El racismo, tradicionalmente la forma más cruda de opresión a partir del expansionismo europeo y sobre todo norteamericano, es no sólo la valoración física de las diferencias de unos hombres en provecho de otros, sino, hoy más que nunca, un elemento cultural. Un instrumento de perpetuación colonial (imperialista) y clasista.

El racismo como cultura plantea una jerarquía cultural que no es más que un aspecto de la opresión sistematizada de los pueblos: la de la guerra espiritual.

La explotación material y la violencia física son contemporáneas a la opresión del espíritu, mediante la cual los colonizadores pisotean los valores y las costumbres de sus colonizados. En lugar del viejo sistema de valores, la colonización impone uno nuevo. Esta imposición no es tan vertical y tan obvia como la represión física.

La construcción de un sistema colonial no trae consigo la muerte de la cultura nativa. La observación histórica revela, por el contrario, que la meta buscada es más bien la agonía continuada en vez de la desaparición total de la cultura preexistente. Esa cultura, un día viva y abierta al futuro, se convierte en un *status* colonial cerrado y fijo, atrapado en el yugo de la opresión. Al mismo tiempo presente y momificado, atestigüa en contra de sus miembros. Los define de hecho sin incentivos. La momificación cultural guía hacia la momificación del pensamiento individual. La apatía, tan notoria universalmente entre los pueblos colonizados, no es más que la consecuencia lógica de esta operación. El reproche de inercia, dirigido constantemente contra "el nativo", es absolutamente deshonesto. Como si fuera posible para un hombre desarrollarse de otra manera que dentro del marco de una cultura que lo reconoce y que él asumió.¹

La cultura viva, que se caracteriza por ser un sistema abierto, nutrido constantemente de nuevas aportaciones, se encapsula ante la violación de los explotadores. El coloniaje la encierra en instituciones. Detrás del respeto que éstas pretenden darle con sus papeles membretados o guardada en sus vitrinas, se encuentra un calabozo que la esclaviza. Estas instituciones no hacen más que sacar la cultura de su medio: el medio que la genera y la recibe como expresión de la identificación de los valores del pueblo, para encerrarla en tubos de ensayo, purificada del contacto popular que la dio a luz. De esta manera ella pierde su sentido, su función. Como un león en un zoológico, encerrado y limitado a su jaula, sólo nos muestra la máscara de lo que fue en libertad, la cultura manejada por las instituciones culturales, dirigidas por los opresores, ya sea colonialistas o clasistas, no refleja más que el lado formal de un arte que antes fluía del contenido de una realidad social.

Una de las formas típicas de momificar la cultura popular, de lavarla de cualquier conexión social, es el exotismo. El exotismo es un medio de simplificar la cultura mediante la sobreénfatización de algunos elementos de los productos culturales creados por los dominados, respecto de aquellos realizados por los dominadores. Esta

Frantz Fanon, *Towards the African Revolution*, New York, Grove Press, Inc., 1969, p. 34.

diferenciación cumple la misma función racista que la que se lleva a cabo en relación a los caracteres físicos. Sirve para distinguir lo producido por los colonizados de aquello que produce el colonizador. Separarlo y señalarlo diferente en provecho de los creadores del término, o sea los colonizadores, de tal manera que no sea factible una confrontación de calidad ni una valoración en términos de igualdad. De esa forma los productos de cultura de los pueblos dominados son captados por todos, incluso por ellos mismos, como extraños, fuera de serie o únicos, con el fin de tomar una estructura cultural viva en una curiosidad. ¡Compre usted *Mexican Curious* en cualesquiera de nuestros aeropuertos nacionales! ¡Lea historietas de Walt Disney, nótese a sí mismo retratado por esos personajes, como un ser extraño en su propia tierra!²

El aparato represivo del colonizador y/o el de la clase en el poder se conjuran con sus aparatos ideológicos, o sea, con la educación y la cultura, para hacer del hombre-pueblo hombre-objeto. Desposeído de sus modelos de comportamiento genuinos, así como de sus medios de existencia, éste no va a realizar más que una cultura que refleje esa realidad. Se le ha convertido en el extraño de su ser más profundo. Enajenados los hombres de su cultura propia, la que se ha convertido en un fantasma, tiene lugar la angustia; esa, la profunda sabiduría del explotado que se resiste a morir, pero que no tiene la fuerza de seguir viviendo.

El desarrollo de las fuerzas productivas trae consigo el desarrollo de las formas de explotación, inclusive las ideológicas. La sociedad industrial contemporánea se ve en la necesidad de disfrazar al racismo, de la misma manera que los intereses burgueses esconden la lucha de clases detrás de la ficción de una cultura democrática de alcances masivos.

Los oprimidos del mundo comienzan a organizarse para recuperar su libertad. Sus éxitos aumentan día con día. El poderío imperialista comienza a desgajarse. Su necesidad de perpetuarse en el poder le hace desarrollar un aparato cada vez más complicado de sobrevivencia. Incrementa mecanismos de represión ideológica. En la cultura encuentra al vehículo con el que mejor puede enmascarar sus anhelos.

El racismo, así como el clasismo —pues de alguna manera todas las formas de opresión se relacionan—, están presentes y lo estarán en la medida en que sobreviva la organización social que los sustenta.

El pueblo explotado ha desarrollado a través de su historia mecanismos de defensa con los que ha enfrentado su posición social, y a pesar de la agresión colonial e imperialista, su espíritu creativo no ha podido ser apagado nunca. Testigo de ello es el gran acervo cultural realizado por el pueblo mexicano en el transcurso de su historia. En la primera fase de la colonización,³ el opresor legitima su explotación mediante el racismo, basado en falsos argumentos científicos que pretenden comprobar la inferioridad racial de los colonizados. El efecto cultural que esto produce es la autodevaluación del pueblo explotado, que se niega a sí mismo en la medida en que se aleja o practica automáticamente sus tradiciones, hábitos y cultura sin darles su

² Ver Armand Mattelart y Ariel Dorfman, *Para leer al Pato Donald*, México, Siglo XXI.

³ *Apud* Frantz Fanon, *op. cit.*

valor, a la vez que comienza a imitar las formas de vida y el pensamiento de sus explotadores.

Este esquema de opresión tiene lugar también a nivel de cualquier sociedad de clases: el proletariado, los obreros y campesinos, así como los trabajadores intelectuales, van perdiendo su propia identidad cultural en la medida en que imitan o asumen la del capitalismo (imperialismo), la cual o bien es buscada por ellos como un anhelo arribista —tal es el caso de los trabajadores intelectuales— o bien les es impuesta a través de una poderosa red de comunicación masiva y de la educación, tanto escolar como religiosa y familiar.

Fuego: una versión ardida de la guerra de independencia de Haití

La historia maneja justamente la opresión cultural: la violencia de promover y mantener las imágenes opresoras de humillación, falsedad y degradación dentro de sus tramas. Entre ellas, *Fuego* es un ejemplo claro de racismo cultural primario. Esta historieta pretende relatar la historia de la guerra de independencia de Haití, pero considera que los elementos fundamentales de ese acontecimiento fueron el triángulo amoroso que, verdad o mentira, vivieron el caudillo insurgente Henri Christophe, su esposa, una negra bella y culta (al estilo europeo, de rasgos físicos occidentales) y su amante, la hija blanca del que fuera dueño del exesclavo Henri Christophe y demás chismes y anécdotas personales por el estilo. Otro de los elementos enfatizados por esta exitosa publicación es la dicotomía entre negros y blancos. La versión maniquea con la que maneja a sus personajes, el esquematismo con el que presenta a los blancos como conquistadores, crueles y malditos, y a los negros como esclavos inhumanos y explotados, pero buenos, es una manera muy común a los “monitos” de falsear la realidad histórica y de presentarla con una visión resultado de refritos, refranes y anécdotas.

La problemática social se plantea como una lucha lineal, formalmente racista. El proceso por medio del cual la población haitiana tomó conciencia de la injusticia de su colonización y se lanzó a la lucha de su liberación, no lo explica nunca, como tampoco trata las razones históricas, sociales y políticas que provocaron la colonización francesa. Esta historieta se limita a presentar planteamientos moralizantes que sustituyen las razones históricas para provocar el efecto controlado del público, explotando el sentimentalismo que suscitan las relaciones personales del caudillo con sus dos mujeres, así como las expresiones de racismo (violencia física) perpetrados por los dominadores, con lo cual se evita propiciar el sentimiento y la reflexión profunda del lector respecto de un hecho histórico bastante más rico y complicado.

Resulta sintomática la forma en que la historieta encuentra la manera de falsear la historia a través del contexto en el que presenta a sus personajes; por un lado, decíamos, convierte en anécdotas y en hazañas individuales hechos cuyo verdadero protagonista fue un pueblo entero; por el otro, presenta una versión desfigurada y simplista de la cultura y del comportamiento del pueblo haitiano. Éste aparece en sus

cuadros con características semejantes a las de los "nativos" que también encontramos en Tarzán y en los indios de la serie televisada de Custer, cuya cultura se resume en la superstición y el fanatismo, presentar a los caudillos negros como imitadores ciegos de todos los valores morales, religiosos y culturales del mundo occidental. No se entrevé siquiera el proceso mental que trae consigo una lucha de tal calibre en un pueblo, se plantea simplemente el odio de negros contra blancos, como si el triunfo de una guerra se resolviera con sólo cambiar el color de la piel de aquel que se sienta en la silla presidencial.

La identidad negra, cuando no es la del salvaje acuciado por el odio y la venganza en una actitud bestial, es la misma del blanco, del europeo colonizador.

El argumento presenta a los negros de cultura blanca como un hecho natural, libre de todo cuestionamiento, aun a pesar de que estamos a más de un siglo de los hechos. La misma imagen desfigurada es la que aprehendemos en esta historieta de los colonizadores. Sin embargo, por si fuera poco marcar el contenido racista y opresivo de esta historieta, resulta importante no olvidar que *Fuego* no es más que una de tantas de las publicaciones de este tipo que se venden en los puestos de periódicos, aprobada por la Comisión Calificadora de Libros y Revistas de la Secretaría de Educación Pública.

Una cruzada de reivindicación

El desarrollo dialéctico de la conciencia histórica del hombre oprimido fue planteado por Fanon a partir de lo que él denominó etapas evolutivas de la concepción racista: la primera, correspondiente a la tesis colonialista, es la que apuntamos brevemente en páginas anteriores. Esta etapa es el resultado directo de la labor conquistadora y de la imposición clasista. Se resume en la pérdida de identidad de los oprimidos que, autonegándose como clase o como pueblo, adoptan como suyos los valores y las acciones de los opresores. Es fundamentalmente este tipo de opresión cultural la que encontramos en las historietas que se venden en los puestos de periódicos de nuestro país.

La segunda etapa aparece como la reacción de los oprimidos contra la explotación. Se trata de la antítesis histórica que en primera instancia es una revaloración popular del pasado pisoteado por el proyecto de la dominación.

Por una parte, es la socialización misma de la producción, los grandes adelantos técnicos científicos aplicados a la industria, o sea, el desarrollo mismo del sistema capitalista, lo que promueve un cambio estructural de la sociedad. La vieja fijación de los hombres al terruño se torna, poco a poco, en comunicación de clase. El destino común de los creadores de plusvalía se hace patente al verlo repetido simultáneamente en todas partes. El cafeticultor de la sierra de Puebla se encuentra reflejado en las condiciones de vida casi idénticas vividas por el de Veracruz y el de Chiapas. Su conciencia proletaria se va conformando en la medida en que se reconoce ya no como grupo, sino como parte de la clase mayoritaria que produce una riqueza que sólo usufructúa en una medida muy limitada. Desposeído de su producción y sistemática-

mente devaluadas sus creaciones, comienza a identificarse en una hermandad de pobreza. La toma de conciencia de esa unión real, aún desorganizada y dispersada por siglos, gracias a la represión y a la ideología del divide y vencerás, le está planteando la fuerza de su liberación total. Por otra parte, el trabajador intelectual, endiosado de su venta al patrón burgués e imperialista, redescubre los hilos de su pasado nativo. Algunos sectores de la clase dominante, especialmente algunos intelectuales, le enseñan el camino. Desde finales del siglo pasado el legado precolonial es redescubierto en el extranjero para adornar y rellenar la pobreza —que antaño fuera ejemplo de creatividad y de ingenio— de la cultura capitalista. La nostalgia de los buenos y viejos tiempos preindustriales, la imagen idílica del campo con sus hombres "primitivos", libres de los vicios miserables de la vida fabril y citadina, se hace presente como la encarnación del cargo de culpa burgués, que sueña pasados sin vida para no enfrentarse a presentes asesinos. La artesanía puebla las vitrinas familiares en el reconocimiento de un arte popular cotidiano al que ascépticamente vacían de contenido social.

Las culturas de otros pueblos, muertas bajo arbustos y selvas, son desenterradas como curiosidades. Los intelectuales dedican sus días a desentrañar misterios de mundos perdidos y hombres muertos, como una manera de evadir su compromiso de revelar los hilos que mueven la sociedad presente de horror y manipulación.

El trabajador intelectual nativo del subdesarrollo que se encuentra en tierras extranjeras o el que viviendo físicamente en el subdesarrollo sueña con el extranjero y el intelectual arribista que se aísla en las universidades, comienzan a estudiar su pasado y las costumbres de su pueblo como exóticas. El pasado y la tradición de su gente pasan ante sus ojos de acuerdo a la visión del explotador. Son sentidas por ellos, en un principio, como la historia de otros, no como las raíces de semillas propias. Estos intelectuales en su posición social privilegiada caminan por los libros vendados de los ojos y creen en consignas democráticas de libertad, igualdad y fraternidad para todos, hasta que comienzan a relacionar consigo mismos la visión del vencedor, que un día mutiló la historia propia, la de los vencidos. Le negó su valor y su interés en el pasado porque los hombres con historia impiden la realización del dominio. La escondió cuando formaba parte del testimonio de un universo vivo; sin embargo la afirma como valiosa e interesante, encerrada en panteones museográficos y bibliotecas mohosas.

El intelectual subdesarrollo encuentra por fin el secreto. Se da cuenta que su cultura le ha sido negada y se lanza a su redescubrimiento. Apasionado por esta hazaña, se entrega a una empresa nacionalista encargada de reponer al oprimido su "rostro" y su "corazón". La obra cultural es vivida por él como cruzada de reivindicación. Llevada al extremo, esta antítesis plantea la sobrevaloración de las tradiciones y costumbres populares pasadas y presentes, como una manera de "buscar el perdón" a su ceguera imitativa.

Sin embargo, porque el inferiorizado redescubre un estilo que una vez fuera devaluado, lo que en realidad hace es cultivar la cultura. Esta caricatura de existencia cultural indicaría, si fuera necesario, que la cultura debe ser vivida y no puede ser

fragmentada. Sin embargo detrás de este análisis simplificado existe ciertamente una intuición experimentada por el inferiorizado como el descubrimiento de una verdad espontánea.⁴

Una verdad gritada cuya fuerza no surge desde dentro, es sólo la expresión desclasada, verbal, que de ninguna manera toca el meollo del problema, y expone solamente los anhelos de vida que para el pueblo plantean un grupo de bien intencionados y solitarios intelectuales. Esta etapa es además fácilmente mediatizada por los medios de comunicación masiva, bastan para demostrarlo unos cuantos ejemplos: el Che Guevara se ha tornado en camiseta, en cartel y en actor de cine. *El black is beautiful* de la lucha por la liberación de los negros norteamericanos se convirtió en la moda "afro". Hoy en día es común encontrar héroes de historietas —sobre todo norteamericanos— de tez oscura y peinado afro que, sin embargo, conservan todos los elementos de la mentalidad imperialista. Ni hablar de la "mujer moderna", de la que comentamos ampliamente en capítulos anteriores. Pero también la música folklórica está de moda y penetra en el Palacio de las Bellas Artes.

En el caso de las historietas mexicanas, cuántas veces nos encontramos con reivindicaciones absurdas de tradiciones mal conocidas, de costumbres vividas sólo a través del velo clasista de la torre de marfil. Entre ellas se encuentra *El Payo*, la imagen del charro rodeado de costumbres populares, peleas de gallos y zapateados. El es un verdadero mexicano que consume sólo productos nacionales. Productos nacionales, sí, valiosos también, pero no como los presentan sus páginas, desclasados y sacados del contexto del pueblo que los vive y los realiza; no como curiosidades aisladas que no hacen más que adornar la vieja imagen del caudillo autoritario, cuya ideología no es más que, como ya vimos, la del *self-made man*.

La lucha contra la opresión es una empresa totalizadora. La lucha contra la cultura oprimida sólo tiene sentido en la medida de que forma parte activa y es expresión de la batalla total contra el estado de injusticia. Es con esta concepción que se apunta la síntesis a la que se refiere Fanon como la tercera y última etapa evolutiva de la concepción racista y, por lo tanto, como la superación definitiva de una estructura social de opresores y oprimidos. En ese momento aparece la creación de una cultura nueva, que plantea efectivamente un proceso de revaloración del pasado y de integración de la creación popular dispersa, pero sólo como punto de partida para realizar una cultura popular; aquella que el pueblo ha de realizar: los nuevos intelectuales y artistas serán los hombres pueblo, proletarizados con sus acciones, en sus acciones, en sus gustos, arraigados en la justicia del fluir de una lucha propia. Sólo la sociedad socialista puede devolverle al arte y a la cultura su "rostro" y su "corazón" como vehículos de comunicación y conocimiento humanos, dispuestos a echar mano de todo el ingenio creativo del que el hombre es capaz.

⁴ Frantz Fanon, *op. cit.*, p. 4.

Por fin

La miseria ha sido hermana histórica de la ignorancia. Por ello, si bien "el arma de la crítica no puede, evidentemente, soportar la crítica de las armas, la fuerza material debe ser superada por la fuerza material; pero también la teoría llega a ser fuerza material a medida que prende en las masas."⁵

Así como los antiguos mexicanos tuvieron que abandonar a Quetzalcóatl y cambiarlo por Jesucristo, asumiendo con esto el dominio económico, político y cultural de los conquistadores hispánicos, nuestro pueblo vive hoy la explotación económica, aceptando con ella su autodevaluación —su no poder—, haciendo suya una visión del mundo: la del dominador imperialista. Al adjudicársela por creerla superior, representativa del poder, la asimila y torna popular. En ese sentido por cultura popular se entiende al conjunto de valores morales e intelectuales que se desprenden de los intereses de los poderosos de una sociedad, asimilados por las mayorías como propios.

La constatación de la categoría cultura popular, entendida en el contexto de la asimilación de los ideales opresores por parte del pueblo, es uno de los obstáculos determinantes que impiden su liberación. De ser una contradicción secundaria, ya que la primaria es la dominación económica, esta cultura se torna por sus efectos en la contradicción principal.

La cultura de masas, querámoslo o no, es la cultura creada contra el pueblo, sentida por éste —cada día con mayor fuerza como cultura popular. Se erige esta cultura popular como obstáculo principal para su liberación, porque se dedica a enmascararlo y a distraerlo del problema social fundamental: la lucha de clases y la preparación de alternativas para superarlo; porque ha demostrado que su control sobre la mente de los trabajadores ha retrasado por decenas de años los procesos revolucionarios; porque las condiciones objetivas para la revolución se ven tergiversadas por las subjetivas; o sea, por la influencia de la ideología dominante sobre la estructura económica y mental de los dominados, y porque a través del alimento espiritual que el pueblo consume y paga a la gran industria de la cultura, se impide el desarrollo de las condiciones subjetivas para su liberación objetiva.

La alternativa revolucionaria es un camino conjunto y simultáneo de liberación económica-política y cultural. En el nivel de la ideología, esta labor consiste en transformar la cultura de masas en una cultura de los trabajadores, creada por, desde y para el pueblo.

La lucha contra la cultura dominante se da a partir del análisis exhaustivo de las diferentes formas en que la clase dominante se manifiesta a través de ella, haciéndolo llegar y penetrar a ese pueblo, como una forma inicial de estímulo para que éste tome conciencia respecto a que la imagen que tiene de sí mismo no es más que una versión falseada, que le ha sido dictada por los intereses de la clase dominante con el fin de continuar el estado de opresión. La revaloración de sus propias creaciones, tradiciones y costumbres es otra de las maneras mediante las cuales el pueblo puede encarar su

⁵ Carlos Marx, *Contribución a la crítica del derecho de Hegel*, Buenos Aires, Edit. Claridad.

lucha contra la resignación y la dependencia, siempre y cuando la apunte como pasos en el camino de una búsqueda de alternativas identificadas con luchas y necesidades propias.

La batalla por salir de las garras de la opresión en el nivel ideológico sólo es posible, afirmábamos ya en otro apartado, como respuesta y parte de la lucha económica-política; por ello requiere que cada paso que el pueblo dé en el camino de su valoración histórica, así como cada uno de los que dé en el de su conocimiento del enemigo que lo avasalla, se reviertan en golpes contra la infraestructura que genera su sometimiento. La lucha ideológica sólo tiene sentido en la medida en que logra tornar tanto la indignación como la capacidad creativa del pueblo en fuerzas materiales contra el estado de injusticia. O sea, de lo que se trata es de utilizar, como lo hace el enemigo, a la cultura como instrumento de lucha y poder al servicio de los intereses de los trabajadores. Echar mano de todas las herramientas de que se vale para sobrevivir la burguesía, incluso la historieta; conocerlas, buscar su utilización liberadora y crear nuevas, en el camino de la lucha por conquistar el poder de los trabajadores, no sólo es admisible, sino un imperativo.

El conocimiento popular (del pueblo) de las causas de la miseria y de las artimañas que el sistema utiliza para enmascararlas a través de la cultura de masas, se traducirá en fuerza motora de transformación, que de ninguna manera superará, sino más bien reforzará las necesidades y el hambre del pueblo, que tarde o temprano destruirán al enemigo, como lo han hecho antes a través de una larga secuencia de luchas históricas.

Si bien la tradición insurgente de lucha del pueblo mexicano es un ejemplo claro del desarrollo incesante de la historia, también es cierto que la mayoría de estas luchas han sido dirigidas por agentes externos al pueblo trabajador, o bien responsabilizando de ellas a uno de entre el grupo, al caudillo (de ahí la coherencia que provoca y afirma el éxito de los héroes-caudillos de las historietas en el mercado). Esa realidad ha provocado, y provoca todavía, derramamientos inútiles de sangre, o bien la defensa y el sacrificio de los mejores elementos del pueblo, integrados a causas que en realidad les son ajenas; dirigidos por quienes sólo utilizan al pueblo, movilizándolo mediante promesas, para realizar sus intereses particulares. La gran mayoría de los caudillos y dirigentes de las luchas de la historia no han pertenecido al pueblo, o bien los que de él surgieron, lo traicionaron después del triunfo para irse a cerrar filas con los dominadores. El pueblo aún no ha sabido enfrentar sus luchas con objetivos propios y dirigentes (no caudillos) que sepan organizar y representar verdaderamente los intereses de los trabajadores. Para ello, la estrategia de una ideología revolucionaria debe abocarse a luchar contra la ignorancia y la mentira, para transformar los enfrentamientos espontáneos en encuentros conscientes. Para que el pueblo recupere la confianza en sí mismo, superando la depresión y el atraso, así como el tabú de su acción política, se requiere asestar golpes certeros a la ideología que promueven la ignorancia y la desconfianza apoyada en la miseria. La ideología revolucionaria debe apoyar y reforzar la organización política de los trabajadores (a través de un organismo propio), que empieza desde la planificación y solución de problemas concretos que aquejan a su comunidad hasta lograr determinar el destino de su sociedad. Integrar cada lucha concreta del pueblo en favor de sus intereses a la lucha común de la clase trabajadora, es un golpe político asestado por la ideología

revolucionaria. Así como la ideología dominante es apoyo y fuerza del sistema económico, debemos plantear la necesidad de una ideología material que plantee las alternativas del futuro.

La cultura contra el hombre no se da en abstracto; es la expresión clara de un sistema que detenta contra el hombre en todos los sentidos, y que está dispuesto a sacrificar a la humanidad toda en defensa de la monopolización del capital. Ése es el sino del imperialismo. Nuestra tarea es la de conocer y hacer ver a todos los trabajadores con claridad esta realidad, para transformarla radicalmente.